

La fábrica de titulados.

Cómo la universidad dejó de ser un bien común y se convirtió en un negocio.

1. El fin de una idea.

Hubo un tiempo en que la universidad era algo más que una fábrica de titulados. Era un espacio de pensamiento crítico, un lugar donde se formaban ciudadanos, no solo profesionales, donde el conocimiento se buscaba por sí mismo, no por su valor de cambio. Esa idea, heredada de la Ilustración, ha ido desapareciendo. La universidad que conocimos, la que formaba parte de un contrato social y la que se financiaba con recursos públicos porque se consideraba un bien común, se ha desvanecido.

En su lugar, ha llegado otra universidad. Una que se parece más a una empresa. Una que habla de clientes en lugar de estudiantes, de capital humano en lugar de personas, de retorno de la inversión en lugar de formación integral. El conocimiento ya no es un fin, sino un medio. Y el medio se ha convertido en mercancía.

La progresiva pérdida de financiación pública ha sido el motor de esta transformación. Según el Informe CYD 2025, España gasta 18.369 dólares por estudiante universitario al año, un 19,5% por debajo de la media de la OCDE y un 14,5% menos que la media de la Unión Europea. La financiación pública de las universidades ha caído 14 puntos porcentuales en términos reales desde 2009 y los presupuestos liquidados de las universidades públicas son hoy, en términos reales, un 10% inferiores a los de 2009.

Mientras tanto, las familias han tenido que cubrir ese vacío. El 65,9% del gasto universitario procede del sector público, frente al 75,8% de la media europea. Las familias aportan una proporción significativamente mayor que la media europea. El Estado se ha retirado y las familias han tenido que ocupar su sitio.

2. El conocimiento sin sentido.

Si la universidad ya no es lo que era, cabe preguntarse qué queda de ella. Para muchos estudiantes, la respuesta es desalentadora: un espacio donde se pierde el tiempo escuchando clases magistrales cuyo contenido está disponible, a menudo con mejor calidad, en internet.

La paradoja es tan evidente como inquietante. Nunca ha sido tan fácil acceder al conocimiento y tan irrelevante la forma en que se transmite en las aulas. Un estudiante puede aprender más sobre historia, filosofía o economía en una tarde en vídeos de divulgación que en un semestre de clases magistrales. Puede acceder a cursos completos de las mejores universidades del mundo (Harvard, MIT, Stanford) sin moverse de su casa y sin pagar un euro. ¿Para qué sirve entonces una clase magistral, cuando el mismo contenido está a un clic de distancia?

La respuesta, para muchos, es que la universidad ya no es un espacio de aprendizaje, sino un espacio social. El lugar donde se conoce a gente, incluyendo algunos profesores, que comparte circunstancias parecidas, se establecen los primeros contactos profesionales y se aprende a navegar en una estructura burocrática. Eso tiene valor, sin duda, pero no es lo que la universidad promete y, desde luego, no justifica su coste.

La rigidez de los planes de estudio, muchos de ellos diseñados hace décadas y actualizados a cuentagotas, choca con la flexibilidad del conocimiento disponible en la red. El estudiante aprende en el aula lo que ya podría haber aprendido en internet y a menudo lo aprende peor. La universidad se ha convertido, para muchos, en un rito de paso, no en una experiencia transformadora.

3. La medición del aprendizaje.

Hay una razón por la que la universidad sigue atrapada en este modelo y esa razón es la evaluación. La manera en que se mide el aprovechamiento académico determina la forma en que se enseña. Y el sistema de medición es arcaico.

El examen tipo test, la memorización de datos, la evaluación por producto (un trabajo, un examen final o una presentación) representan lo que se puede medir, no lo que importa. El profesor enseña para el examen, no para la vida. El estudiante estudia para aprobar, no para aprender. La evaluación se convierte en el fin y el aprendizaje en el medio.

La ironía es que lo que se mide es lo menos relevante para el futuro esperable. En un mundo donde la información es accesible instantáneamente, la capacidad de memorizar datos es cada vez menos valiosa. En un mundo donde la inteligencia artificial puede generar textos, resolver problemas y analizar datos, la habilidad de repetir lo que se ha aprendido se vuelve irrelevante. Pero el sistema de evaluación sigue midiendo lo que siempre ha medido, como si el mundo no hubiera cambiado.

El profesor se convierte en un buen número de casos en un técnico de la medición. Su trabajo no es enseñar a pensar, sino diseñar exámenes que puedan ser corregidos de forma eficiente. Y el estudiante se convierte en un experto en aprobar exámenes, no en pensar críticamente. El sistema recompensa la obediencia, no la curiosidad.

4. El profesorado, precariedad y privilegio.

La crisis de la universidad no solo afecta a los estudiantes, afecta de manera especialmente aguda a quienes enseñan. El profesorado universitario vive una situación paradójica. A nivel nacional, la temporalidad del personal docente es del 31%, muy por encima del promedio de la OCDE (19%) y de la UE (17%). Pero en algunas universidades, se dispara hasta superar el 48% e incluso alcanza el 70% en centros concretos.

La Ley Orgánica del Sistema Universitario (LOSU), aprobada en 2023, pretendía poner coto a esta precariedad, pero en la práctica la situación no ha mejorado. La LOSU ha creado nuevas figuras, como el profesor sustituto, cuyas condiciones laborales son a menudo más precarias que las anteriores. Algunos profesores sustitutos perciben retribuciones entre 600 y 800 euros por una dedicación que a menudo supera la jornada completa.

Lo más revelador es la brecha interna que se ha abierto entre el profesorado. Quienes ya estaban (los funcionarios, los catedráticos y los titulares) gozan de privilegios: horas de docencia reducidas, dedicación exclusiva a la investigación y estabilidad vitalicia. Quienes llegan (los asociados, los sustitutos o los contratados temporales) se sumergen en una situación de precariedad mucho más acusada. Son dos cuerpos docentes en una misma universidad, los que llegaron y los que no podrán llegar.

La universidad que presume de formar a las élites del futuro trata a sus propios docentes como mano de obra desechable. La paradoja es que quienes enseñan a pensar están atrapados en un sistema que no les permite pensar. La burocracia, la presión por publicar, la captación de fondos y la gestión de contratos ocupan el lugar de la docencia y la reflexión.

5. La estructura del poder.

Para entender por qué la universidad funciona así, hay que mirar a quienes la gobiernan. La universidad no es solo un lugar donde se enseña y se investiga, es también una estructura de poder con sus propios órganos de gobierno, sus jerarquías y sus mecanismos de control.

El **Consejo Social** es, en teoría, el órgano de participación de la sociedad en la universidad. Sus funciones incluyen aprobar el presupuesto, supervisar las cuentas anuales y promover la captación de recursos económicos. En teoría, su objetivo es garantizar la conexión entre la universidad y su entorno. En la práctica, su composición, dominada por empresarios y representantes de las patronales, lo convierte en un mecanismo de captura del interés público. El Consejo Social no representa a la sociedad, representa a quienes tienen poder económico.

El **Claustro Universitario** es el máximo órgano de representación de la comunidad universitaria. Está compuesto por el Rector, el Secretario General, el Gerente y representantes de los distintos sectores: típicamente Profesores Funcionarios Doctores (52%), resto del Personal Docente e Investigador (14%), Estudiantes (22%) y Personal de Administración y Servicios (12%). En teoría, es el espacio donde la comunidad universitaria ejerce su soberanía. En la práctica, el profesorado funcionario está

sobrerrepresentado como el sector más estable y privilegiado, mientras que la infrarrepresentación del resto de los sectores refleja y reproduce la jerarquía interna de la universidad.

El **Consejo de Gobierno** es el verdadero centro de poder ejecutivo de la universidad. Mientras el Claustro es el órgano de representación y el Consejo Social el de participación externa, el Consejo de Gobierno es el órgano de gestión ordinaria, el que toma las decisiones del día a día. Está presidido por el Rector y compuesto por el equipo de gobierno (vicerrectores, secretario general y gerente), decanos y directores de centros, así como representantes del profesorado, estudiantes y PAS. Su función es aprobar las directrices generales de la universidad, gestionar su presupuesto y personal, y establecer las políticas académicas y de investigación.

El problema es que, en la práctica, el Consejo de Gobierno está dominado por el equipo rectoral y los decanos. Los representantes de los estudiantes y del PAS tienen voz, pero su capacidad de influencia es limitada. Es un órgano que, por su propia composición, tiende a perpetuar el *statu quo*: quienes deciden son los que ya están en el poder y sus decisiones rara vez son cuestionadas. Como ocurre con el Claustro, la sobrerrepresentación del profesorado funcionario y la infrarrepresentación del resto de los sectores refleja y reproduce la jerarquía interna de la universidad.

El **Personal Docente e Investigador (PDI)** y el **Personal de Administración y Servicios (PAS)** sostienen la universidad. El PDI tiene encomendadas las funciones docentes e investigadoras. El PAS, menos visible, mantiene la estructura administrativa y de servicios. La brecha entre ambos es también una brecha de estatus y de condiciones laborales.

El resultado es una universidad que se gobierna a sí misma con una lógica endogámica, donde los que deciden son los que ya están dentro y donde los intereses de la comunidad universitaria, especialmente los del profesorado funcionario, se anteponen a los intereses de la sociedad que la financia.

6. La universidad como empresa.

El modelo de negocio de la universidad actual se resume en una palabra: empleabilidad. La universidad ya no forma ciudadanos sino trabajadores. Ya no educa, capacita. Ya no busca la verdad sino la rentabilidad.

El título universitario se ha convertido en un certificado de competencia, no en un signo de conocimiento. No importa lo que se haya aprendido, importa lo que se pueda demostrar en un currículum. La inflación de titulaciones (la creación de grados sin demanda real para captar estudiantes) es la consecuencia lógica de este modelo. Cuantos más títulos ofrece una universidad, más estudiantes puede captar. Y cuantos más estudiantes capta, más ingresos obtiene.

El valor de los títulos es artificial. Se presentan como una "necesidad del mercado", pero en realidad responden a intereses internos de las propias universidades: mantener el número de matriculados, justificar la existencia de departamentos y alimentar la maquinaria burocrática.

La universidad se ha convertido en una máquina de marketing. Vende una imagen de marca ("somos los mejores", "estamos entre los primeros") para atraer a "clientes" en lugar de a estudiantes. Los rankings, los folletos, las campañas de publicidad, las ferias de orientación, todo está diseñado para vender un producto, no para ofrecer una formación.

7. La obsesión por los rankings.

Los rankings universitarios son el termómetro de esta transformación. El Academic Ranking of World Universities (ARWU), más conocido como el ranking de Shanghái, no es un simple indicador, es un mecanismo que reconfigura el sentido de la universidad. Publicado anualmente por la Universidad de Jiao Tong, selecciona de forma arbitraria 1.000 universidades de las 25.000 que existen y las somete a sus criterios.

Sus indicadores son reveladores. El número de egresados o profesorado galardonados con Premios Nobel o Medallas Fields y el número de artículos publicados en Science y Nature. Estos criterios dejan fuera de la

producción científica a las ciencias sociales y humanidades. No miden la calidad docente, ni la utilidad social, ni la función de la universidad como ascensor social.

El ranking está liderado por la Universidad de Harvard desde hace 23 años. Le siguen Stanford, MIT, Cambridge y Berkeley. Ninguna universidad española aparece entre las 100 primeras. La mejor posicionada es la Universidad de Barcelona, que se sitúa entre las 200 primeras. Un total de 36 universidades españolas figuran entre las 1.000 mejores.

El problema no es que el ranking exista, sino que las universidades se definan por él. Compiten por recursos, alumnado y prestigio en función de una lista que no mide lo que debería medir. Las universidades españolas y latinoamericanas, con una clara vocación de servicio público, no pueden compararse con Harvard o Stanford, cuyo presupuesto supera los 39.000 millones de dólares anuales.

La paradoja es que el ranking de Shanghái, concebido inicialmente para medir la excelencia investigadora de las universidades chinas, se ha convertido en un estándar global que ignora las funciones sociales de las universidades. Mide lo que puede medir, no lo que importa. Y las universidades, atrapadas en esa lógica, se transforman para ser medidas, no para ser útiles.

8. La endogamia y el capital simbólico.

La universidad es también una máquina de reproducir élites. Su cultura interna es profundamente endogámica. En algunas facultades, los mismos apellidos se repiten en las orlas durante generaciones. Los profesores forman a sus sucesores, que formarán a los suyos, en un ciclo que se perpetúa.

El acceso a la carrera académica no depende solo del mérito, depende también de las redes, de los contactos, de la pertenencia a determinados círculos. La endogamia no es un accidente, es una característica del sistema. Los que llegan son los que ya estaban.

Algunas titulaciones, como los MBA, llevan esta lógica al extremo. No son formación, son sellos de pertenencia. Convierten a los egresados en miembros de clubes exclusivos en el marco de los cuales desarrollan relaciones profesionales, acceden a redes y acumulan capital simbólico. No se paga por aprender, sino por pertenecer. El conocimiento es secundario, el acceso es lo que importa.

9. La brecha de clases.

El auge de las universidades privadas es la otra cara de esta moneda. Desde 1998 no se ha creado ninguna universidad pública en España. Ese año existían 14 universidades privadas, hoy hay 42 (el 45% del total) y otras cinco han sido aprobadas si bien están pendientes de iniciar su actividad. La matrícula de estudiantes en universidades públicas ha disminuido un 18% desde 1999, mientras que en las privadas ha crecido un 368%.

La explicación es sencilla. La universidad pública no puede absorber la demanda. La falta crónica de financiación limita el número de plazas. Y miles de estudiantes que no pueden acceder a la pública (por nota o por número de plazas) deben pagar una privada.

Esta dinámica convierte la educación superior en un filtro de clases. Quienes pueden pagar o endeudarse acceden a una formación que les abre puertas. Quienes no pueden, se quedan fuera. La universidad, que debería ser un ascensor social, se ha convertido en una barrera.

10. La universidad y la IA.

El futuro de la universidad es aún más incierto. La inteligencia artificial va a reemplazar muchas de las profesiones que tradicionalmente se formaban en las universidades. Lo que antes requería años de formación especializada, la IA puede hacerlo en segundos.

Por lo tanto, ¿para qué formar a alguien durante cuatro o cinco años si la IA puede hacer su trabajo mejor y más rápido? La respuesta de las universidades, hasta ahora, ha sido cambiar los planes de estudio, añadir

asignaturas de "competencias digitales" o incluir un módulo sobre inteligencia artificial. Pero eso no responde a la pregunta de fondo. Si la IA puede hacer, la universidad debería enseñar a ser. Enseñar a pensar críticamente, a cuestionar, imaginar y crear.

La ironía es que la universidad, que se ha pasado décadas preparando para el mercado laboral, se enfrenta ahora a un mercado laboral que ya no necesita lo que ofrece. Su función tradicional (formar profesionales para profesiones estables) ha perdido su razón de ser aunque la universidad no ha sabido reinventarse.

11. ¿Qué universidad queremos?

La universidad todavía tiene un sentido social claro, pero no en su forma actual. Necesita un cambio de rumbo urgente que no será fácil:

Recuperar el saber como bien común: el conocimiento no puede reducirse a una mercancía. La universidad debe volver a ser un espacio de pensamiento crítico, no una fábrica de titulados. La LOSU marca como objetivo alcanzar un gasto público en universidades del 1% del PIB en 2030. Un objetivo mínimo, no final, que no debería ser voluntario.

Reducir la precariedad del profesorado y eliminar el doble régimen de privilegios: dos cuerpos docentes en una misma universidad es una contradicción en sus propios términos. La temporalidad del profesorado, del 31% frente al 19% de la OCDE, es insostenible. No se puede exigir calidad docente a quien vive con la incertidumbre de su contrato.

Revisar la función de la universidad: enseñar a pensar, no solo a hacer. Si la IA puede hacer, la universidad debería enseñar a ser.

Reformar la evaluación: que el método no determine el fin. Que lo que se mida sea lo que importa.

Reforzar el sistema público y garantizar el acceso universal: la universidad no puede ser un filtro de clases. Quienes no puedan pagar no deben quedar fuera.